

Las elecciones de 1994: doble mandato

OCTAVIO PAZ



1. ARITMÉTICA POLÍTICA

ALGUNOS LECTORES, al no ver en la prensa ningún comentario mío sobre las elecciones del 21 de agosto, me han escrito preguntándome sobre las razones de este silencio. Les responderé brevemente: a fines del mes de julio tuve que someterme a una operación quirúrgica de cierta gravedad, seguida de un periodo de recuperación que aún no termina. Eso es lo que me ha impedido comentar los últimos acontecimientos. Pero no son un misterio mis opiniones sobre la evolución política de nuestro país ni sobre la aventuras y desventuras de la naciente democracia mexicana. Aunque no pertenezco a ningún grupo ni a ningún partido, desde hace más de veinticinco años comento nuestra realidad social y política: *Postdata (Crítica de la pirámide)*, *El ogro filantrópico*, *Tiempo nublado*, *PRI: Hora cumplida*, etc. Mis comentarios han sido siempre de orden individual y, como decía Raymond Aron, de un *spectateur engagé*. La exposición más clara y extensa de mis ideas sobre el asunto de las elecciones de 1994 figura en *Tela de juicios*, una entrevista con Julio Scherer, publicada a fines del año pasado y recogida en mi libro *Itinerario*. En esa entrevista el lector curioso puede encontrar lo que pienso y siento sobre el tema de las elecciones en un país con la historia y las tradiciones de México.

Como es sabido, lo mismo en el siglo XIX que en el XX, cada elección estaba amenazada por la ingobernabilidad, que a lo largo de nuestra historia se convirtió en su funesto complemento. Desde la Independencia, una y otra vez, nuestro país ha tenido que enfrentarse a esa terrible realidad. A los mexicanos nos han costado mucho trabajo y muchos años aprender ese arte difícil que es el fundamento de la democracia: saber ganar y saber perder. A cada elección seguían motines, disturbios, levantamientos, guerras civiles y, al fin, el remedio brutal contra el desorden: la dictadura. Sólo memorias muy frágiles pueden olvidar que el PRI fue creado en 1929, frente a la ingobernabilidad postrevolucionaria y para poner fin a los levantamientos militares después de cada elección. El partido creado por Calles acabó con la guerra civil permanente pero también bloqueó el camino hacia la democracia. El temor a la ingobernabilidad reapareció a fines del año pasado y se convirtió en obsesión después del levantamiento de Chiapas (exaltado y santificado por muchos intelectuales), los secuestros y el asesinato de Colosio. El fantasma de la ingobernabilidad es una de las claves para la recta comprensión de las elecciones de 1994.

Poco, muy poco puedo agregar a lo que dije en mi conversación con Julio Scherer. Por esta razón, y por otras dos que enseguida expongo, había decidido no escribir más artículos sobre la actualidad política mexicana. Las dos razones que he mencionado son, una, la sobriedad intelectual: todos estamos hartos de la incontinencia verbal de los últimos meses; y la otra, de más peso: después de la experiencia de la cirugía otros asuntos, menos inmediatos pero más entrañables, me reclamaban y reclaman. Por su parte, los médicos me han aconsejado que estos días lleve una vida tranquila, lejos del "mundanal ruido". Atraveso por un "periodo de veda", por decirlo así. Prohibición de la cacería de ideas, deducciones, conversaciones, inferencias, hipótesis o suposiciones, tareas cotidianas del escritor que se ocupa de los asuntos públicos. Sin embargo, la gran sorpresa que han sido estas elecciones, desde la forma en que se desarrollaron hasta sus resultados finales y las reacciones que las han seguido, me obliga moralmente a romper por una sola vez mi voto de silencio.

Como lo preveía en mi entrevista con Julio Scherer, el PRI y su candidato resultaron vencedores. La predicción era fácil: la división de las fuerzas opositoras en dos partidos con ideologías y propósitos irreconciliables hacía muy remota, por no decir imposible, la victoria de uno de ellos. Situados en dos extremos opuestos de nuestra vida política, están condenados a vivir separados. Para explicar la victoria del PRI se ha dicho que muchas irregularidades empañaron la elección. Se volvió así al argumento del fraude. La verdad es que hubo irregularidades pero, ni por su número ni por su cuantía, invalidan los resultados finales. Hay que corregir algunas cifras y castigar severamente a los infractores, eso es todo. Nada de esto va a cambiar de manera apreciable los resultados. El testimonio de los observadores nacionales y extranjeros es inequívoco: ninguna de esas irregularidades, aisladas o en su conjunto, pueden alterar de manera significativa la distribución del voto. Las cifras y los porcentajes que conocemos son confiables. No, el hecho que explica la derrota de la oposición no es un supuesto fraude sino su división. Esta es la clave y no hay que buscar otra.

Todo opone a los dos partidos, desde sus tradiciones históricas hasta sus encontradas visiones del futuro. Los orígenes del PAN están en el catolicismo mexicano y en las distintas encíclicas con que la Iglesia ha intentado modernizar su doctrina social. El PAN no es un partido social-cristiano pero su inspiración profunda viene del cristianismo moderno.

Los orígenes del PRD son dobles: por una parte el marxismo-leninismo en sus diversas tendencias y, por otra, el mismo PRI. Muchos de los militantes del PRD son priistas disidentes, encabezados por Cárdenas y Muñoz Ledo. Este último representa la fracción más moderna del partido y, según parece, es el jefe del ala moderada. En suma, el PRD, a la inversa del PAN, es una asociación no del todo unida y compuesta por dos tendencias que vienen del pasado reciente: los restos del marxismo-leninismo y la tradición estatista del PRI, antes de Salinas. Esta diversidad de tendencias en el seno del PRD explica sus cambios continuos de programa. Durante meses y meses fueron enemigos encarnizados del Tratado de Libre Comercio; después lo apoyaron, aunque con reparos. El primero de enero estalló un levantamiento armado en el sur de Chiapas y los alzados, tanto en su manifiesto inicial como a través de su vocero, declararon que uno de los objetivos de su movimiento era la abrogación del Tratado. Por esto, dijeron, su movimiento había comenzado precisamente el primero de enero, fecha de entrada en vigor del acuerdo internacional. El PRD y sus intelectuales saludaron con alegría el alzamiento de Chiapas pero no hicieron la menor alusión a la cuestión —central— de la abrogación del Tratado.

Señalaré otras incompatibilidades. Discrepo en varios puntos de importancia —educación, control de la natalidad y otros— del ideario del PAN pero reconozco que sus creencias democráticas son intachables. No ignoro que en su historia hay un lunar: las simpatías e incluso coqueteos de algunos de sus miembros con el franquismo, al iniciarse la guerra civil española. Duró poco esa simpatía y muchos años de fidelidad a la democracia han lavado esa tacha. La ideología democrática del PRD, en cambio, es recién adquirida. Muchos de sus dirigentes —los que no vienen del PRI— fueron durante muchos años disciplinados militantes de los movimientos comunistas y trotskistas. Sería muy difícil encontrar entre sus escritos, discursos y declaraciones, una denuncia clara y terminante de Castro y de su régimen. Lo mismo sucede con su actitud ante los otros tiranos que en Europa, Asia y África han deshonrado y ensangrentado la noble tradición socialista. Como los otros partidos de izquierda en el mundo, después del derrumbe del comunismo, el PRD atraviesa por una crisis ideológica doblada de otra de identidad. Ahora ha escogido a la democracia como bandera e ideología, aunque sin explicar jamás las razones del abandono de sus antiguas convicciones. Sin embargo, sus nuevas posiciones democráticas no siempre son consistentes. Por ejemplo, el PRD asistió a la Convención convocada por los alzados de Chiapas. Me pregunto, ¿cómo un partido democrático, que ha renunciado por principio a la violencia, puede colaborar y manifestar su solidaridad con un grupo armado?

A pesar de estos errores —“polvos son de aquellos lodos”— México necesita un partido de izquierda moderno y democrático. ¿Podrá el PRD convertirse en ese partido? Para que la izquierda mexicana recobre credibilidad tiene que ponerse al día, modernizarse y rectificar muchas cosas, lo mismo en su ideología que en sus diarias actitudes. La base del partido está compuesta por sectores populares desfavorecidos. Muchos de sus agravios son justos y también lo es su demanda de justicia. Debemos satisfacerla, la sociedad y el

gobierno están en deuda con ellos. También forman parte del PRD grupos de la clase media “progresista”, sobre todo de la ciudad de México, intelectuales, periodistas y políticos profesionales. Los dirigentes del partido provienen de esos grupos. Ahora bien, la posibilidad de cambio reside en sus dirigentes y muchos de ellos son renuentes al cambio. Pienso sobre todo en los intelectuales, aferrados a una ideología que la realidad ha disipado.

En un número reciente de la prestigiada revista norteamericana de izquierda *Dissent*, el historiador marxista Eugene Genovese se pregunta: “¿cuándo la izquierda norteamericana *supo* que la noble causa que tantos entre ellos apoyaban —el movimiento comunista internacional— rompió todos los ‘records’ de matanzas colectivas, apilando millones de cadáveres en menos de un siglo?”. Genovese llama a esa terrible pregunta la *Cuestión* y agrega: mientras la izquierda intelectual norteamericana no conteste a la Cuestión o lo haga de manera evasiva, no tendrá crédito moral. La misma pregunta debe hacerse a la izquierda intelectual mexicana, aun más cerrada que la norteamericana. De una vez por todas, no en privado y con voz susurrante, sino en público y con voz clara para ser oída por todos, los intelectuales de izquierda deben confesar sus complacencias y complicidades con las tiranías totalitarias (sobre todo con Castro) y afirmar la incompatibilidad entre su actual ideología democrática y la totalitaria. Esto es esencial porque hasta la caída del muro de Berlín un gran número de intelectuales del PRD no ocultaban sus simpatías por la URSS, China, Cuba y los otros Estados totalitarios.

La situación del PAN es muy distinta. En primer término sostiene con firmeza sus principios. Algunos de ellos coincidían con las reformas del Presidente Salinas, que han sacado a México del atolladero económico. El PAN es un partido en ascenso y en las pasadas elecciones logró duplicar su votación. Si la tendencia al crecimiento continúa, bajo la dirección de líderes inteligentes y prudentes como Carlos Castillo Peraza, por sí solo y sin alianzas con otros partidos, antes de seis años el PAN se habrá convertido en el gran rival del PRI. Aunque nada es seguro en el movedizo terreno de la política, no es quimérico pensar que nuestro próximo Presidente podría ser un hombre del PAN. A ese partido no le faltan partidarios en las ciudades pero debe extenderse en el campo y penetrar en nuestra clase intelectual. Al mismo tiempo, el PAN debe cuidarse del gran enemigo, destructor de ciudades, imperios y familias: las divisiones intestinas, las luchas personalistas.

2. UN PARTIDO PECULIAR

Ni las sociedades prehispanicas ni el virreinato de Nueva España fueron escuelas de democracia y tampoco de independencia de carácter. Lo mismo para los españoles que para los aztecas, la virtud más apreciada en un súbdito era la obediencia. En los siglos XIX y XX nuestra historia fue una larga serie de convulsiones —golpes de Estado, guerras civiles, dos ocupaciones extranjeras y una revolución que duró veinte años— interrumpidas por dos periodos de paz y de estabilidad (pero no de democracia): los años del régimen de Porfirio Díaz y los de la hegemonía del PRI. El gobierno de Díaz estaba formado por una fracción del Partido Liberal,

vencedor de los conservadores y de la Intervención Francesa. Fue un régimen que profesó el culto al progreso, según las ideas de la época, pero que no fue democrático. No es paradójico llamarlo un *despotismo liberal ilustrado*. El régimen del PRI también es paradójico pues, como su nombre lo dice, es a un tiempo *revolucionario e institucional*. El PRI es el heredero directo de la facción revolucionaria triunfante, acaudillada por Obregón y Calles. Pero el partido, desde su fundación, asumió la totalidad de la herencia revolucionaria y en su santoral cívico figuran personajes disímbolos y que en vida fueron enemigos: Madero, Zapata, Villa e incluso Carranza. El fundador del partido, Calles, lo concibió no tanto como un órgano de política electoral sino como un remedio heroico para evitar la guerra civil y los continuos levantamientos militares.

Se ha dicho y se dice que el PRI es una dictadura. En otros escritos me he ocupado sobre la propiedad de este término. Sin embargo, vale la pena detenerse sobre esto, así sea muy brevemente. Cualquiera que haya vivido bajo una dictadura, ya sea en España, Argentina o en otro país, percibirá inmediatamente las diferencias y se dará cuenta de las peculiaridades del sistema mexicano. Desde luego, el sistema no es democrático. ¿Pero es una *dictadura*, en el sentido usual del término? La consulta con un buen diccionario provoca inmediatamente la duda: "*Dictadura*: régimen político en que gobierna un dictador... *Dictador*: gobernante que asume todo el poder, sin ser él mismo responsable ante nadie." (María Moliner: *Diccionario de uso del español*). Varias veces, especialmente en un ensayo de 1985, *PRI, Hora cumplida*, he tratado de describir los rasgos característicos del sistema. No voy a repetir ahora lo que digo en ese ensayo y en otros de asunto similar; baste con recordar que el PRI, desde su fundación, cuando se llamaba, bajo Calles, Partido Nacional Revolucionario, y más acentuadamente cuando cambió de nombre, bajo Cárdenas, y se llamó Partido de la Revolución Mexicana, ha sido y es una asociación política de sindicatos obreros, uniones de campesinos y otras organizaciones populares y de la clase media. Esta asociación no fue el resultado de una adhesión espontánea de esos sectores populares sino de la voluntad de sus dirigentes, en estrecha alianza con el grupo gobernante. Así constituido, desde arriba, el partido ha dispuesto siempre, especialmente en periodos electorales, de cuantiosos recursos estatales. Nada de esto es democrático.

Implantado en todo el país, el PRI actúa como una enorme sociedad mutualista, gran canal de la movilidad social en los dominios de la política y la burocracia. Es imposible entender la solidez y el arraigo del PRI en el campo y en la provincia si se olvida este aspecto de su acción como gran sociedad de ayuda mutua. En una escala mayor y con modalidades modernas, estamos ante una traducción mexicana de las "clientelas" de la República Romana. Otra característica del PRI: su ideología es fluida y esto lo ha preservado de las terribles y feroces luchas ideológicas del siglo XX. En ciertos periodos las relaciones del PRI con la clase empresarial han sido tempestuosas pero a cada ruptura ha seguido una reconciliación. La política del partido tanto con los obreros y las otras organizaciones populares como con los capitalistas ha sido un continuo estira y afloja. El pragmatismo como regla de conducta y el compromiso

como método. Sólo ocasionalmente y por corto tiempo los gobiernos del PRI han recurrido a la represión violenta. El régimen ha sido paternalista y autoritario, amigo de las componendas y fuente de corrupción pero en general ha respetado la vida humana y las libertades fundamentales, desde la de expresión —véase la prensa— hasta la de asociación, como lo muestran los grandes partidos opositores.

En el curso de la campaña electoral de 1994 se ha acusado a la televisión privada de favorecer invariablemente a los intereses del PRI. Es cierto y hay que cambiar esta situación a través de una legislación adecuada. Es un capítulo de las reformas que el nuevo gobierno debe emprender. Por otra parte, no puede ignorarse que en todas las naciones democráticas las empresas privadas de información y publicidad tienen el derecho de sostener esta o aquella opción política. Un derecho que, en general, ejercen. *The New York Times*, ejemplo reciente, favoreció la candidatura de Clinton. Lo que sí es justo es que todos los partidos políticos puedan expresarse con entera libertad y con horarios y tiempos semejantes.

Lentamente el sistema mexicano se ha humanizado y se ha vuelto más respetuoso de la crítica, el disenso y la oposición. Nacido de la violencia revolucionaria, a través de los años, no sin recaídas y de manera sinuosa, se ha transformado. Subrayo: no completamente. Todavía no es un partido democrático ni rompe aún sus amarras con el Estado. Pero sus dirigentes, al menos los más lúcidos, saben que la reforma es inevitable y que tendrá que realizarse pronto si no se quiere exponer al país a graves trastornos. De todos modos, aunque insuficiente, el progreso alcanzado es innegable. Recuérdese lo que era México en 1930: salíamos de veinte años de contiendas intestinas que habían convertido al país en un inmenso charco de sangre. Y sobre todo: compárese el régimen del PRI con las dictaduras que han sufrido muchas naciones latinoamericanas hasta hace unos pocos años, para no hablar de las que todavía padecen los países árabes.

No obstante todo lo anterior, en los últimos años la crítica al PRI se ha vuelto más y más acerba, hasta llegar al denuesto y a la diatriba. Esta violencia verbal puede atribuirse a la exasperación: la reforma democrática ha sido demasiado lenta, en zigzag, y aún no termina. Pero la impaciencia es mala consejera y en general malogra todos los propósitos. Además, en muchas de esas coléricas denuncias, me parece percibir viejos rencores ideológicos, despecto de ambiciones decepcionadas y demagogia disfrazada de pureza. Por otra parte, los juicios políticos, aun los más apasionados, deben tener cierto fundamento histórico pues de lo contrario degeneran en meros desahogos verbales. El PRI y sus hombres, desde hace más de medio siglo, son parte central de la historia de México. Fueron miembros destacados de ese partido personalidades tan representativas y, asimismo, tan opuestas, como Calles y Cárdenas, Torres Bodet y Silva Herzog. Cito, casi al azar, cuatro nombres pero podría mencionar muchos otros más. Cada uno de los cuatro representa una orientación distinta e incluso antagónica, como si fuesen cuatro puntos cardinales de nuestra historia moderna. Espero que se me entienda: combatir y criticar al PRI no sólo es legítimo sino necesario; transformarlo en un fantasmón, en una inicua dictadura que ha oprimido durante sesenta y cinco años a varias generaciones de borregos mexicanos, no es

únicamente falso sino, como lo ha mostrado el resultado de estas elecciones, contraproducente.

Desde hace algún tiempo se ha popularizado la expresión Partido de Estado para calificar al PRI. Es curioso (y también significativo) que sea usada sobre todo por intelectuales y periodistas que durante años y años defendieron y ensalzaron a los típicos partidos de Estado del siglo XX, los de la Unión Soviética, China, Cuba y los otros países comunistas. ¿Se dan cuenta de su contradicción? En cuanto a la expresión en sí misma: es parcialmente verdadera pero, justamente por serlo sólo en parte, induce a confusión. En efecto, el PRI está incrustado en el Estado —fue una creación suya— y ha funcionado durante todos los años de su existencia como su brazo político, con todos los privilegios y abusos que esto implica. En este sentido sí puede llamársele con propiedad Partido de Estado. Pero el PRI carece de casi todas las otras características que definen, en el siglo XX, a los clásicos partidos de Estado. Bastará un somero examen histórico para percibir las esenciales diferencias entre el PRI y esos partidos.

Como todos sabemos, el PRI fue creado en 1929 por el gobierno mismo y desde entonces se ha convertido en un instrumento político del Estado. Fue una creación esencialmente pragmática, destinada simultáneamente a impedir las disputas armadas y a asegurar la continuidad en el poder del grupo gobernante. El nuevo partido recogió la dispersa herencia ideológica de las distintas facciones revolucionarias y se formó así, más que un cuerpo de doctrinas precisas, una suma confusa de aspiraciones sociales y políticas. No una ortodoxia sino una orientación. El principio de no-reelección, invariablemente observado, le cerró para siempre las puertas al caudillismo, mal tradicional de los países hispánicos; a su vez, cada nuevo presidente escogió, de acuerdo con las circunstancias y dentro de la más bien vaga herencia ideológica revolucionaria, ciertos temas que conformaron su política: nacionalismo, obrerismo, agrarismo, industrialización, etc. El sistema, según se ve, funciona sobre un doble eje, lo mismo si se trata de personas que de ideas y programas: continuidad y cambio. El PRI, como todas las obras humanas, es hijo del tiempo y de la acción colectiva de varias generaciones. No nació de la teoría sino de la práctica. Sin embargo, el hecho básico, el que lo define y del que proceden todas sus otras características es su origen: fue una creación del Estado.

Si dirigimos la vista hacia los otros partidos de Estado del siglo XX, nos encontramos con una realidad no sólo distinta sino opuesta. Ninguno entre ellos, ni los partidos comunistas ni los fascistas, fue una creación gubernamental; al contrario, todos ellos asaltaron el poder, casi siempre por medio de acciones revolucionarias violentas. Una vez conquistado el Estado —haya sido en Rusia, en Alemania, o en alguna otra parte—, el Partido procedió a transformarlo. El Partido no fue, como en México, un instrumento del Estado sino, a la inversa, el Estado se convirtió en la proyección del partido revolucionario. La fusión entre el Partido y el Estado se operó no en beneficio del segundo sino del primero: el Partido expropió al Estado. Una vez constituido el Partido-Estado, se procedió a la transformación de la sociedad. Las clases enemigas (en Alemania la "raza") fueron eliminadas y el resto de la sociedad, a imagen y semejanza del

Partido-Estado se convirtió en el "pueblo revolucionario".* El Partido expropió al Estado y el Estado expropió a la sociedad. Así, estas tres realidades se fundieron en una sola y única superrealidad, como la trinidad católica. En el dominio de las personas, la consecuencia inmediata de la toma del poder fue la transformación de los revolucionarios en una vasta y poderosa burocracia. La violencia revolucionaria cambió de sitio, no de objetivos: abandonó los sótanos del conspirador para instalarse en las oficinas de la policía. La violencia se intensificó y se legalizó: se mató en nombre de la ley y de la doctrina. Esta imponente construcción, mitad real y mitad delirio ideológico, tuvo como fundamento moral una ortodoxia: la doctrina. Y la doctrina tuvo un intérprete: el Jefe. Las ortodoxias reclaman siempre inquisidores y los inquisidores, víctimas. En el siglo XX las inquisiciones nazis y comunistas exterminaron a millones. El Terror fue una realidad universal y cotidiana... Esta breve descripción del Partido-Estado es, *mutatis mutandis*, perfectamente aplicable a Rusia, Alemania, China y las otras naciones totalitarias: ¿lo es a México?

Anotaré, de paso, otras diferencias. El PRI no se ostenta como el dueño de una ideología global, un saber universal y enciclopédico que comprende todas las ciencias y las artes, como en los países comunistas. Tampoco ha intentado convertir a la sociedad en su imagen; al contrario, bajo su régimen la sociedad ha crecido, se ha diversificado y se muestra más y más independiente, mientras que en los países donde el Partido-Estado ha sido la realidad omnipresente se aniquilaron clases y pueblos enteros. En esos países los intelectuales y los artistas viven atemorizados; en México se les protege, se les premia y el Estado se disputa sus favores. En fin, ¿cómo se llama el Mao o el Fidel de México?... Pero ¿a qué continuar esta ociosa demostración? Para saber lo que es un verdadero partido de Estado hay que mirar hacia China o, más cerca, hacia Cuba. ¿Quién es el obcecado que puede encontrar un parecido entre el Partido Comunista Cubano y el PRI? Durante años he criticado al PRI y lo seguiré criticando. Creo que debe cambiar radicalmente o desaparecer. Pero me niego, para criticarlo, a caer en esas simplificaciones de moda.

3. UN MÉXICO DESCONOCIDO

Me he detenido un poco más de la cuenta en la situación de los tres grandes partidos políticos. La verdad es que el hecho realmente significativo, la sorpresa enorme de estas elecciones, ha sido la extraordinaria afluencia de votantes: cerca del ochenta por ciento de los inscritos en el padrón. Una cifra inusitada no sólo en México sino en otros países con sistemas democráticos más antiguos y perfectos que el nuestro. Estamos ante un fenómeno que revela una mutación en la conciencia nacional y que, probablemente, señala el principio de un cambio de rumbo de la nación. Puedo equivocarme —la historia no se distingue por su consistencia ni por su lógica— pero todo parece indicar que en las profundidades del

* La transformación se realizó en las palabras y en la propaganda, no en los hechos. En todos los casos el Estado revolucionario fracasó en su propósito de cambiar a la sociedad, según lo muestra hoy la impresionante realidad de Rusia y los otros países comunistas.

alma popular aparecen actitudes ante la vida pública que son la negación de las tradicionales. Emerge, todavía entre brumas, un México desconocido: un México de ciudadanos.

Jorge Carpizo y los otros miembros del Instituto Federal Electoral pueden estar orgullosos: estas elecciones, a pesar de sus imperfecciones y fallas, han sido extraordinarias. Sólo podrían compararse a las celebradas a principios del siglo, en las que resultó electo Madero. Sin embargo, las diferencias son mayores que las semejanzas. La elección de Madero, al otro día de una revolución triunfante, fue una suerte de estallido de entusiasmo popular. Fue la confirmación, incluso podría decirse: la consagración, de los sentimientos populares ante una figura ejemplar. Las de 1994 han sido más disputadas y más complejas. No fueron una explosión partidaria sino un acto de reflexión silenciosa: una enorme y pacífica concurrencia esperando pacientemente su turno ante las urnas. De ahí que exijan un análisis y una interpretación. La situación también era muy distinta: un PRI desgastado por años y años de ejercer un poder prácticamente sin rivales, dos fuertes partidos políticos en la oposición, la crítica de los intelectuales, un levantamiento armado, el asesinato del candidato Colosio, los secuestros y, en la prensa, muchos artículos amenazantes de ideólogos coléricos.

¿Cómo explicar el gran número de votantes en un país con una historia como la nuestra? Tal vez fue una respuesta instintiva a sus desdichas históricas. México es un pueblo que se ha distinguido, en su vida pública, por una pasividad oscilante entre el estoicismo y el nihilismo. La pasividad es la otra cara de la religiosidad mexicana. La resignación, una de las más altas virtudes cristianas, en el duro mundo de la política y enfrentada a nuestra tradición autoritaria, se transforma en indiferencia y en cinismo apático. La pasividad es renuncia a la acción y por eso mismo es renuncia a la libertad. El pasivo rehuye las decisiones. El sujeto se convierte en espectador y quiere ser objeto. Incluso finje serlo, para ahorrarse decisiones. La pasividad es la antesala del nihilismo, ese estado de espíritu en el que la desesperanza se convierte, por una suerte de compensación psíquica, en un acto de fe. El nihilista cree en la nada y, especialmente, en su nada interior, en la nada que es él mismo. La nada lo defiende. ¿De qué? Un humorista respondería: de la nada. El nihilista encuentra en la nada una suerte de actividad ilusoria pues es esencialmente negativa y destructora. Así, no es extraño que la pasividad, al acumularse, a veces cambie de signo y estalle en un acto de violencia individual o colectiva. La pasividad mexicana es volcánica. Nuestra pasividad también se expresa en acciones y salidas inesperadas, en apariencias absurdas y que pertenecen al género del humor negro.

En la votación del 21 de agosto no hubo pasividad, nihilismo, violencia, humor o, siquiera, escepticismo. Al contrario: los votantes expresaron con gran convicción su fe en el acto que cumplían. Al votar se afirmaban y afirmaban que aquello que hacían era una acción importante y eficaz. El voto fue la negación de muchas actitudes tradicionales. Cambio inmenso y cuyo sentido —creo que no me equivoco— consiste en expresar no una voluntad de cambiar esto o aquello, sino la voluntad misma de cambio. El votante dejó de ser un nihilista cínico sin creencias o un súbdito obediente: fue un ciudadano que sabe que su voto contribuye a cambiar el estado de cosas existente. El voto reveló la aparición en nuestras

conciencias de una voluntad decidida a enfrentarse con nuestro pasado y convertir en acción a la vieja pasividad. El cambio fue individual, quiero decir, ocurrió en la conciencia de cada uno pero adquirió todo su sentido al volverse colectivo. No fueron mil ni cien mil sino millones de mexicanos los que decidieron abandonar las actitudes tradicionales y, juntos, influir en la situación del país. Otro México comienza.

La segunda sorpresa de estas elecciones fue la amplitud de la victoria del PRI. La mayoría de los comentaristas políticos —singulamente locuaces durante la campaña— preveían una derrota o un triunfo por un margen muy pequeño. La realidad los desmintió: Ernesto Zedillo obtuvo el 48.77% de los votos mientras que su más cercano contrincante, el candidato del PAN, Diego Fernández de Cevallos, alcanzó apenas el 26%. Enemigos y partidarios del PRI se han apresurado a exponer las razones que, según ellos, explican la abundancia de votos a favor de Zedillo. Algunos han hablado de un "fraude descomunal". Lo verdaderamente *descomunal* es esa afirmación. Otros, con más cordura, atribuyen el triunfo a la desigualdad entre los grandes recursos de que dispuso el PRI y los más bien modestos de sus adversarios. Ya he tocado el punto: la crítica es justa: deben cesar los subsidios estatales, generalmente bajo cuerda, y establecerse la equidad en materia de propaganda, sobre todo en la televisión. Todavía hay mucho que corregir en nuestro sistema electoral. Pero esta crítica, por más justificada que sea, no basta para invalidar una elección con un porcentaje tan alto de votantes y en la que el cincuenta por ciento, aproximadamente, votó por la oposición. Otros hablan de los mecanismos de seducción y de intimidación de la poderosa máquina electoral del PRI. Los priistas responden: es imposible negar el arraigo del partido en la sociedad después de medio siglo de acción ininterrumpida. (Por mi parte, agregaría: la influencia del PRI, especialmente en las aldeas y en las ciudades pequeñas, no se ejerce en el nivel de las opiniones y la ideología, sino en el de los intereses: ha sido y es un gran canal de movilidad social y esto explica, en buena parte, su éxito). Los partidarios de Zedillo han destacado su competencia de economista, reconocida por todos. Subrayan además que en las clases populares su figura ha sido vista con simpatía porque ven en él a un hombre de familia muy modesta que, sin recursos y gracias a su esfuerzo y a su talento, hizo estudios brillantes en México y en universidades del extranjero. Saber que Zedillo continuará la política económica de Salinas tranquilizó no sólo a los capitalistas sino a muchos sectores de la clase media. En fin, otros más aplaudieron sus repetidas declaraciones anunciando que estaba decidido a emprender la reforma democrática del PRI, aspiración que comparte todo el país. Cada uno de estos argumentos tiene cierto peso pero la razón decisiva es otra y reside en una zona más profunda de la conciencia popular.

Aludí al comenzar este artículo al tema de la ingobernabilidad. No es ni ha sido un fantasma sino una realidad que ha ensombrecido muchos periodos de nuestra historia. El país quiere cambiar y esta voluntad de cambio explica la abundancia de votantes; asimismo, teme al desorden y odia a la violencia. Tampoco quiere padecer las carestías y los atropellos de las épocas revoltosas. El levantamiento de Chiapas produjo intranquilidad en la clase media y en el pueblo. Esa rebelión fue montada como un gran espectáculo pero al final

provocó la inquietud de la gente; para muchos el espectáculo se convirtió en aviso de una realidad amenazante. El inicio asesinado de Colosio y los otros incidentes de esos meses parecían el preludio de un periodo de transtornos y desórdenes. Algunos han hablado del "voto del miedo". Expresión desafortunada y que revela, aunque lo pronuncian labios populistas, desprecio al pueblo. El temor de los votantes no era irracional sino realista. La reacción popular fue sana: el aire estaba lleno de amenazas. Reléanse los periódicos de esos días. Pero la gente respondió no con miedo sino con valor: dio la cara y salió a votar. El pueblo fue cuerdo, locos los ideólogos.

En las elecciones del 21 de agosto estuvieron presentes dos impulsos, en apariencia contradictorios pero, finalmente, complementarios: la voluntad de cambio y el anhelo de seguridad. Por una parte, la mayoría de los mexicanos desea que, al fin, se cumplan las reformas democráticas; por otra, la prudencia, la más alta virtud política según los clásicos, inspira a esa misma mayoría: nadie quiere que la aplicación violenta o irreflexiva de esas reformas ponga en peligro la estabilidad y la paz del país. El PRI ha sido el guardián de la estabilidad y de ahí que la gente haya votado por Zedillo. La mayoría desconfió de la capacidad del PAN para realizar esos cambios sin desórdenes ni disturbios. Su candidato, Diego Fernández de Cevallos, en un debate en la televisión con los otros dos pretendientes, impresionó muy favorablemente a la opinión, pero al final triunfó la confianza tradicional en el PRI como garante de la tranquilidad. En cuanto al PRD: para muchos mexicanos votar por ese partido habría sido como entregar a Lutero las llaves de la iglesia. Así, la elección contiene un doble mandato: cambio y estabilidad. Entre uno y otro hay una relación dinámica y determinante: sin cambio, brota la incoherencia, la seguridad se desvanece y surge la ingobernabilidad; sin seguridad, el cambio muy pronto degenera en desorden. El mandato popular es doble y los términos que lo componen son complementarios. Zedillo deberá atender a ambos. El deseo de seguridad se ha satisfecho con el triunfo del PRI. La voluntad de cambio sigue en espera. No esperará por mucho tiempo.

Comparto con muchos millones de mexicanos la esperanza de que durante los primeros años del periodo presidencial de Ernesto Zedillo se lleven a su feliz conclusión las reformas democráticas. El tránsito hacia la democracia ha sido el centro de las discusiones y debates de los últimos años. Lo seguirá siendo mientras no se realicen las reformas que faltan. Estamos a la mitad del camino. Por supuesto, no cierro los ojos ante la existencia de otras cuestiones de gran importancia y urgencia: unas son de orden económico, demográfico y ecológico; otras educativas y culturales; otras más se refieren al rumbo de nuestra política internacional. Todos estos temas son cruciales y algunos, como el de la desigualdad económica o el de la demografía, pesan más, desde una perspectiva de larga duración, que las consideraciones meramente políticas. Pero una de las enseñanzas de estas elecciones ha sido la prioridad que tienen las reformas

democráticas en el ánimo de la mayoría de nuestros compatriotas. No se equivocan. Aunque la democracia no ofrece soluciones ya hechas a los problemas y conflictos de los pueblos, es el mejor método para acercarse a ellos, estudiarlos y, entre todos, a través de la discusión abierta, proponer respuestas adecuadas.

Destaco, entre las reformas a que he aludido, las que a mí y a muchos otros nos parecen las más importantes. Son cinco:

La primera es contar con un poder legislativo independiente, que realice las mismas funciones de crítica política frente al poder presidencial que cumplen los parlamentos de las naciones democráticas, tanto en los Estados Unidos como en las naciones europeas. Si queremos limitar al presidencialismo mexicano, debemos fortalecer la independencia del poder legislativo.

La segunda es la creación de un poder judicial fuerte, honesto, libre de tutelados y presiones, capaz de defender a los ciudadanos de los abusos de las autoridades. México ha sido un país en donde el poder es con frecuencia arbitrario: hay que someterlo a la ley.

La tercera es la separación definitiva e inequívoca entre el PRI y el Estado. Ese partido debe convertirse en un partido como los otros o desaparecer.

La cuarta es la renuncia expresa a la práctica presidencial de nombrar a su sucesor. El candidato Zedillo declaró que renunciaría a ese antidemocrático privilegio pero el Presidente Zedillo debe confirmarlo solemnemente.

La quinta es la transformación de nuestro centralismo en un auténtico federalismo. Sólo podremos alcanzar la deseada alternancia en el poder si comenzamos por la periferia, por las regiones. Hacen falta, mucha falta, más gobernadores y más presidentes municipales de la oposición.

Tareas largas y arduas pero inaplazables. Tareas asimismo que reclaman el concurso de todos, sin excluir a los partidos de oposición, sobre todo en el caso, que es el mayoritario, de opositores y críticos efectivamente demócratas, es decir, capaces de reconocer la victoria de un adversario. Hace más de veinte años un grupo de escritores mexicanos fundó la revista *Plural*. Hoy nos encaminamos hacia un México plural y pluralista. El pluralismo exige no sólo la tolerancia frente a las opiniones adversas sino aceptarlas cuando nos parezcan justificadas. Por muchos años el PRI se ha oído únicamente a sí mismo; ahora deberá aprender a escuchar a los otros. ✽

Houston, a 3 de septiembre de 1994.

Al enterarnos, en el momento de cerrar esta edición, del atentado de que ha sido víctima José Francisco Ruiz Massieu, Secretario General del PRI, volvemos a decir: NO a la violencia.